

El primer grupo durmió en Essaouira ya que salió antes de España, Jota llegó a la hora de comer y el resto del grupo arribó al hotel por la noche pero todos cenaron juntos. El coche de los sevillanos ya venía con un problemilla y es que le habían montado unas ruedas nuevas en otras llantas y al coche se le veía que sobresalía más por un lado que por otro. Antes de desayunar le cambió una de las ruedas por la de repuesto que llevaba la llanta de antes pero el problema persistía. A la hora fijada por la organización el grupo se ponía en marcha, fue la última vez que salió a dicha hora. El viaje por carretera fue muy tranquilo, se paró para cambiar el resto de las llantas del sevillano que no consiguió solucionar el problema, se comió sin prisa alguna y como viene siendo costumbre se hizo de noche. Sobre la hora de cenar se llegó a la última gasolinera donde se debían rellenar todos los bidones, pero la sorpresa fue que gasoil había pero gasolina no, que había que esperar, así que como hacía un frío del carajo, nos metimos en el restaurante a cenar de lo nuestro que nos dejaron consumiendo las bebidas. Por fin la gasolina llegó y cuando fueron a llenar el coche Alberto, se rompió la manguera poniéndolo todo perdido de gasolina. Finalmente todos los coches estaban en marcha, casi de madrugada. Se llegó al desierto y se tenían 40 kms de cascaborro nocturno. Se notaba que la gente tenía ganas de coger el desierto, pero pronto las piedras pararon el ritmo y menos mal. Se veían las luces de los coches por un montón de sitios. Se pasó una zona de subidas y bajadas y luego otra de cruces de puente en las que había que buscar el mejor paso. Ya cansados, Jota indicó un buen lugar para parar a dormir... el que quisiera, pues la mayoría se quedó hasta no se sabe que horas de juerga flamenca.

Al día siguiente se levantó todo el mundo cuando el sol hacía una hora que había salido. Ya se llevaba un poco de retraso. Todos en marcha, se visitó la piedra santa de Sidi Ahmed Larousi y se cruzó la carretera, nada más hacerlo José avisa por la radio que el coche se ha calentado y tienen que parar. Todos los coches se dan la vuelta y Alberto y Miguel (el Rufo) en un segundo detectan la avería, que es gorda y desmontan medio coche para sacar la pieza que ha provocado el calentón pero dicha pieza debe ser reparada en un taller o comprar una nueva. Mientras, todas las chicas se han sentado tranquilamente a comer chucherías, los chicos están mirando y ayudando en lo que pueden y Jota se dedica a hacer fotos a todos. Se decide que hay que remolcar el coche y llevarlo a Smara, donde no se quería ir para evitar los rollos de la policía de allí. Cuando llegan, ya está Ayala en el primer control para hacerlo más rápido y quitar problemas. Pronto el coche está en un taller y se lleva la pieza a un tornero, mientras, todo el grupo se va a comer con Ayala a un “restaurante”. Una vez comidos, tomado te y café, con todo solucionado, Ayala les acompaña hasta fuera de los controles para despedirse, todo ha sido mucho más fácil y mejor con él. El retraso era considerable, todavía ni siquiera se había llegado a donde se tenía que haber dormido el día anterior. Otra vez en la “pista”, las piedras ralentizan un poco la marcha, cae la noche, los grupos se distancian y cada uno va siguiendo las coordenadas por donde puede pero al final todos se juntan. Atrás quedan las piedras y comienza un cascaborro por una llanura arenosa en algunos tramos provocando el atasco de los sevillanos. Jordi y Alba (muy importante la labor de la copilota que dirigía desde dentro del coche y no se bajó para nada) se acercaron y de un par de tirones desempanzaron al coche pero se quedaron ellos hundidos. Para no atascar otra vez un coche, con la fuerza humana de todos incluido Jota que andaba haciendo fotos, se pudo sacar el coche. Bueno, todos no, la copilota del coche hundido lo que bajó fue la ventanilla para mirar si salían o no del atasco, pero bajarse ella.... Se continuó la marcha y pronto se decidió parar ya puesto que era tarde. Se cocinó carne de camello comprada en Tan Tan que resultó bastante

dura, huevos fritos y cosas de picar. Después salieron las copitas, las risas, la juerga flamenca nuevamente y las dos de la mañana dieron cuando se retiraron los prudentes, a saber a que hora se acostaron casi todas las chicas y José Luis. Por la mañana, el producto más demandado eran las aspirinas y por supuesto, se salió como tres horas más tarde del horario previsto por la organización. La pista era muy buena lo que permitía rodar rápido pero luego vino una zona lenta al pasar unas montañas pero una vez al otro lado, a cascaborro puro y duro, se circuló a gran velocidad por una llanura enorme. Se llegó a la única casa que se vio en todo el recorrido y en la que vivía un saharauí que les invitó a un te y ofreció unas judías. Al finalizar, se le dio comida y ropa al hombre que se puso muy contento. El paisaje cambió y se llegó a una zona llana pero con arena y arbustos pero ningún coche quedó atrapado. A la sombra de un raquítico árbol, se paró para comer continuando pronto ya que el retraso era considerable. Se llegó a una pista antigua del Dakar y los coches volaron por allí, superando los 100 kms/h en muchos tramos. Aquí, las suspensiones sufrieron muchísimo y las de José y Luis, se reventaron al volar literalmente. La noche volvió a caer y antes de cenar, todos los coches de la expedición llegaron en el día previsto al Trópico de Cáncer. Una auténtica pasada teniendo en cuenta que se llevaba un día de retraso, pero las rápidas pistas permitieron ponerse al día.

Al día siguiente, tras las fotos de rigor, se salió en varios grupos que se alcanzaban de vez en cuando al parar hacer fotos ya que la vuelta era algo más tranquila, sin embargo, el coche de Alberto se calentó, se intentó reparar el radiador, se le echó agua de vez en cuando hasta que el coche la tiraba cada cinco kms. Y estábamos a casi 400 kms del Ayún por el desierto. Jota enganchó el coche y lo remolcó a cascaborro hacia la carretera que estaba a unos 80 kms. En las zonas arenosas, Alberto ponía el coche en marcha y lo pasaban a la vez. Por una buena explanada se llegó a la gran zona del Aguerguer, un laberinto de montañas que había que cruzar y no sabían por donde ya que había pasos infranqueables para un coche sólo, como para uno tirando de otro, pero todos los coches se fueron a buscar pasos y entre todos les marcaron el camino a Jota y Alberto saliendo finalmente a la carretera. A pesar de ir remolcando durante 300 kms, se llegó al hotel antes de que cerraran la cocina. Al día siguiente se llevaron el coche en grúa y los sevillanos aprovecharon para cambiar los amortiguadores traseros que los habían reventado en las pistas maravillosas dándole caña en un salto. Alberto estaba pendiente de que el seguro le pusiera un coche así que se quedó y el Rufo con él, los demás partieron hacia la arena. Como ya era tarde, salieron directos para cogerlo desde otro sitio por la mitad y llegaron a las dunas donde aprovecharon para estar un buen rato comiendo y hubieran estado más si no fuera por el viento que comenzó a soplar llenando todo de arena. José Luis pronto atascó el coche en una duna, Jordi subía y bajaba como si su coche no pesara nada. Pronto fue en ayuda del sevillano y de un par de tirones lo sacó. Mas adelante fue al revés y el sevillano sacó a Jordi y Alba del atolladero. Un poco más lejos fue Jota el que se quedó, pero como nadie le escuchó por la emisora, tuvo que salir por sus propios medios. Una vez fuera de las dunas, el terreno era muy duro haciendo lenta la circulación. Jota dudaba si llegar a la playa o no pero en ese momento rajó una rueda Jordi y entre que se cambió y tal, se echaba la noche encima por lo que prudentemente Jota dio la orden de regresar por donde habían venido. Las dunas se pasaron de noche pero con cuidado y sin ningún atasco. Alberto y Miguel les esperaban en la salida del camino y juntos todos los coches continuaron hasta el hotel, donde para variar, llegaron tarde pero les dieron de cenar. A Alberto le dieron un turismo pequeñito y para llegar al hotel había que ir por un camino en el que había una duna en el medio. Jota que iba primero se quedó pero poniendo la

tracción a las cuatro ruedas salió. Se vio un camino al lado pero Alberto se empeñó en pasar y casi lo consigue. Entre todos le empujaron el coche pero hubo que sacarlo con una eslinga. Por la noche, paseo nocturno de José Luis en calzoncillos con botas, por el jardín, fue genial y muchas risas. Al día siguiente, en la duna, Alberto se sacó la espina y la pasó de un tirón con su cochecillo. Sin problemas hasta Marrakech y después de cenar en el hotel, un paseo por la plaza. Al día siguiente, las despedidas y el regreso de todos, unos hacia España y Jota al Sahara. En el recuerdo de todos quedará sobre todo, las risas de los campamentos y los tramos donde los coches volaban o los cascaporros nocturnos. Toda la gente fue fantástica.